

de Crónica
Córdoba
y sus Pueblos
XII



Córdoba, 2006

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2006



Ittre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XII

Consejo de Redacción

Coordinadores

José Antonio Morena López
Miguel Ventura Gracia

Vocales

Enrique Garramiola Prieto
José Lucena Llamas
Juan Gregorio Nevado Calero
Pablo Moyano Llamas

Edita: Ittre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: *Hornachuelos en el siglo XVIII, según un grabado de Francisco Pérez publicado en el Atlante Español.*

Imprime: Gráficas Alcazaba, S.L.
Políg. Industrial "Cerro de la Virgen", parc. 2
14650 Bujalance (Córdoba)

ISSN: 1577-3418

Depósito Legal: CO-1505-07

Cinco años en la sierra de Hornachuelos

Pablo Moyano Llamas

Cronista de Montemayor y Santaella

Señor Presidente, dignas autoridades, señores compañeros cronistas y académicos, queridos amigos todos: Vaya por delante una advertencia previa. Por una vez me van a permitir que este año no presente ningún trabajo de investigación histórica sobre los mil temas que merecen nuestro tiempo y nuestro sudor. Este año quiero reducir mi aportación modesta, simple y llanamente a una crónica. Una crónica que rememora vivencias íntimas, un lustro casi exacto de mi vida, no sólo clavado en mi memoria sino algo más. Un lustro por el que yo siento especial nostalgia y cariño jamás disimulado. Porque venir a Hornachuelos no es para mi pisar “tierra extraña”. Es venir a un pueblo querido, a una Sierra entrañable, donde pasé los primeros años del ministerio pastoral, como párroco de San Calixto. Cinco años realmente inolvidables. Entre los muchos cuadros que cuelgan en las paredes de mi casa parroquial de Montemayor, tengo uno pintado por las queridas carmelitas de San Calixto, que adornan e ilustran una vieja poesía escrita en los primeros meses de mi estancia. Dice:

Otoño

*El pájaro posa triste
sobre las tejas mojadas.
Sin vida, las hojas muertas
buscan, juguetes del viento,
sepulcro que nunca hallan.
Pasa la tarde de Otoño
sobre San Calixto en calma
mientras las encinas viejas
cobran verdor y se ensanchan.
Sólo la campana quiebra
el silencio... con el agua.*

*Rezan las monjas. La encina
tira de su copa el agua.
Se hace misterio la senda.
La tarde de Otoño escapa...*

Eran los primeros días de mi primer Otoño en San Calixto. Ordenado sacerdote el 21 de junio de 1959, el obispo don Manuel Fernández Conde me nombra en julio párroco de San Calixto en sustitución de don Rafael Rincón Gutiérrez. Una imprevista enfermedad de mi madre me obliga a permanecer en Santaella hasta el mes de octubre, siendo sustituido esos meses por don Sebastián Cruz Martínez, fallecido hace escasos meses, siendo hasta su muerte vicario parroquial de la Inmaculada y San Alberto Magno, de Ciudad Jardín.

Como todo joven sacerdote, llego a mi primer destino con ganas de comerme el mundo. Plena juventud, ilusión sacerdotal a flor de piel. Una parroquia pequeña, pero de una extensión enorme: desde el Seminario de Los Ángeles - que evoca siempre al Duque de Rivas y al obispo Fray Albino y a Fernández Conde que tantos sueños tuvieron y tanto trabajaron por transformar aquel recinto en Seminario Menor. A la parroquia de San Calixto pertenecían -y pertenecen aún- un montón de fincas de renombre universal entre los monteros de toda España y hasta del extranjero: Navas de los Corchos, Los Rayos, El Asiento, Navaldurazno, San Calixto, Cabalgaderos, Mosqueros, El Enano, La Mata, El Pedrejón, Fuente de la Virgen, Las Llamadas. Y muy cerca "El Águila", San Bernardo, etc. Fincas consagradas al cultivo del alcornoque, a la cría del ganado de cerda, ovejas, cabras, vaquerías, etc. Eran aquellos otros tiempos muy distintos. Aquella inmensa y preciosa serranía estaba plagada de piconeros, rancheros que sembraban el trigo y la cebada entre las encinas, guardas de campo, caseros, cuidadores de ganado, empleados al servicio de los formidables caseríos, muchos de ellos con empaque palaciego. Y en San Calixto, dos edificios emblemáticos. O mejor, tres: la parroquia, el Convento de las Monjas Carmelitas Descalzas, la casa de los marqueses de Salinas, don Julio Muñoz Rodríguez de Aguilar y doña Magdalena Mugirola. Desde el primer momento tanto las monjas como los marqueses se volcaron en atenciones para el nuevo cura. El convento fue levantado a expensas de los marqueses en el año 1956. San Calixto había sido hasta el siglo XIX un monasterio de Monjes Basilio con el nombre de El Tardón. Fue un cenobio importantísimo en los siglos XVI y XVII donde sobresalió el Padre Mateo de la Fuente, Fray Juan de la Miseria. Y hasta San Juan de Ávila tuvo estrechos contactos con él. El Carmelo fue obra de la Madre Maravillas, canonizada por Juan Pablo II hace dos años en Madrid.

El convento de las Carmelitas devolvió al viejo Tardón toda la reciedumbre espiritual y la hondura religiosa que tuviera siglos atrás. En ese Carmelo ingresaría, desde su inicio, una hija de los marqueses -Piedad Muñoz Magiro-, una hermana de la marquesa, y su nieta Marina Muñoz Ibarra. Una iglesia

recoleta y devota y una Comunidad de veintiuna religiosas daban -y dan- a San Calixto un clima singular que estremece y deja escalofríos en el alma.

La liturgia en San Calixto se hace transcendencia pura. Oír aquellas canciones sacras en el templo o en el locutorio te deja una sensación indescriptible. Y también estremece aquello a la entrada del locutorio: *“Una de dos, o no hablar, o hablar de Dios”*. El párroco es también capellán de las monjas. De ahí la misa diaria obligatoria, y el rezo del rosario vespertino. En la pequeña aldea ocho o diez familias, no más. Pero estaban los cortijos.

Y el Seminario de los Ángeles. Campo extenso de atención pastoral. Unas veces en moto, otras a caballo o en mulo, acompañado por algún guarda. Aún está viva en mi memoria aquellas misas, a veces bajo las encinas, otras en el salón de los caseríos. Pequeñas misiones para el cumplimiento pascual al que no se negaba nadie. O las confesiones de Cuaresma para los taladores. Un capítulo importante era la atención a los pobres y rancheros. Cáritas nos facilitaba ropas, leche en polvo, aceite, queso, embutidos. La moto o el modesto posterior 4-4 apenas podían soportar el peso de los fardos, verdadero maná para no pocos de los piconeros y trabajadores, algunos viviendo en chozas de palos y rastrojos. Ya dije que eran otros tiempos muy distintos. Sólo nos llevaban el pan de Hornachuelos un par de veces en semana. A veces sólo los sábados. Y en San Calixto una cantina donde nos dábanos cita todos los días para tomar una copa y charlar de lo humano y lo divino. Allí se mataba el tiempo jugando a las cartas. Un economato nos facilitaba los alimentos. El sábado era el día grande para las citas. Llegaban de todos los caseríos.

¿Cuál era la Pastoral de San Calixto? Aparte de la Misa y del rosario diario, la visita a los cortijos. La ida al Seminario de los Ángeles, todas las semanas, para ser confesor de los pequeños seminaristas; la misa -también dominical- en la finca de las Navas de los Corchos, con don José Luis Morenés, los marqueses de Castejón y todas las familias que estaban a su servicio. La constante ayuda a los párrocos de Hornachuelos y de las Navas de la Concepción, siempre que me pedían un servicio. Sobre todo en Hornachuelos, con cuyo párroco -don Francisco Mantas Molina- me unía una fraternal amistad. Don Francisco era mi confesor y mi padre y consejero.

Poco a poco fui creando amistades en Hornachuelos, donde entraba como en mi propia casa. Sobre todo en algunas: don José Luis Algarin -mi médico-, los Cárdenas, los Zamora Fernández, Palencia, Santisteban, Pepito -el cartero de San Calixto-, Meléndez, Pérez y su taberna, el kiosko de Angelita -cita de todos los monteros-, Rafalito -el casero de Morenés-, José María, mi maestro conductor. En fin, un rosario de amigos que me honraron -y aún me honran- con su amistad y afecto.

Y en Las Navas, un paisano inolvidable, practicante, compañero de pupitre en

Santaella: Cristóbal del Moral Moyano, el mejor taxidermista de España.

Y en San Calixto conocí a media España por aquello de las monterías. Me hicieron cazador. Allí maté mi primer venado junto al ministro Castiella y el Conde de Mayalde, alcalde de Madrid por aquél entonces. Y no puedo pasar por alto mi afecto y amistad con don Ignacio de Oriol, la familia de Fabiola, Juan Barasona, Andrés Parladé, López Tienda, Pepe Molleja, doña María Osborne, don Virgilio Valle Pérez, Marina Ibarra, Piedad Muguiro, don Antonio de Oriol y Urquijo, don Manuel de Santolalla, William Thonson -el inglés-, Román Torres... Se me van la memoria de tantos nombre entre nobles, guardas, caseros, mayordomos, humildes rancheros que aún me escriben.

Y en San Calixto: los Cuevas, Onofre, Baldomero, El Kisko, Milagros, la santera, Juan, Carmen Ferrari, Pepito, Juan María, Polo... ¿para qué seguir? Lamento que se me pasen nombres a los que tanto debo. Y que tanto hicieron por un servidor y por mi madre.

No puedo olvidar un hecho clave: la estancia de los Reyes de Bélgica, Balduino y Fabiola. Fui su capellán, junto a don Manuel Sánchez de Rojas. Un buen día nos llamó el obispo don Manuel Fernández Conde. No teníamos ni idea de para qué nos llamaba. Y bajo secreto casi de confesión nos dijo que Balduino y Fabiola vendrían a San Calixto a pasar su luna de miel. Era una bomba informativa. Guardamos el secreto. Asistimos a la preparación de San Calixto para tal efemérides.

Dos días antes la presencia de guardias civiles y de policías era tremenda. San Calixto quedó cercado. Cuando se cundió la noticia los periodistas mero-deaban como moscas. Y hasta nos ofrecieron dinero si les dábamos unas fotos de los Reyes. Cincuenta mil duros exactamente. Mucho dinero. Pero no nos vendimos jamás. Balduino era un rey sencillo y modestísimo. Y sumamente religioso. Todos los días iban a misa y comulgaban. Y hasta la ayuda. A todos nos hicieron regalos de Pascua. Fabiola me envió un crisma dedicado que conservo. Salían de paseo por el monte, escoltados de lejos por guardias y policías belgas. Recuerdo al coronel Debech. Y recuerdo que la Nochebuena salimos a llevar dulces y anís a los escoltas y guardias que hacían guardia a unos tres kilómetros de San Calixto. Fabiola se retrató en el jardín con todos los empleados. Un par de veces tuve el gozo y el honor de confesar a los reyes. A Balduino en un francés de mala muerte por mi parte. Luego aprendió español perfectamente. Y tal vez la anécdota más curiosa sea ésta: un día se me ocurrió montar un partido de fútbol. Un partido "a muerte" como yo decía. Jugó el rey y salió rodando varias veces. Un equipo era de guardias y policías. El mío de trabajadores y campesinos. El rey encargó una copa de plata a Madrid. El marqués de Salinas encargó doce pequeñitas para los jugadores que ganasen, pero quería la grande del rey. El partido fue a muerte, de verdad. Ganamos los del campo. Fabiola entregó la copa a mi

madre que le dijo: “Señora, es usted muy guapa”. La copa fue a parar a mi casa, debajo de la cama. No la solté jamás. Mis futbolistas dijeron: ésta para don Pablo, que ha organizado el partido.

Hoy la copa sigue en mi casa. Su inscripción dice así “Copa ofrecida por sus Majestades los Reyes de Bélgica, Balduino y Fabiola, al equipo ganador entre el Real San Calixto y el Inter”. El Inter eran los guardias y policías. El Real San Calixto, nosotros. Recuerdo que en la iglesia me dijo Fabiola: “Don Pablo ¿en todas las cosas pone usted el genio que ha puesto en el partido?” “Casi el mismo”, le dije. Dos o tres veces más volvieron a San Calixto, donde una lápida recuerda la estancia de los Reyes. Dicen que el proceso de beatificación de Balduino está en marcha. Si es así me cabe el honor de haber sido confesor y capellán de un santo.

Tampoco quiero pasar por alto dos recuerdos imborrables. Uno la llegada a San Calixto del Brazo de Santa Teresa de Jesús en 1962. Fue una jornada histórica. La famosa reliquia fue recibida en Hornachuelos con las calles engalanadas con colgaduras y macetas en todas las puertas. En San Calixto, no digamos. El brazo de la “Santa Madre” se expuso a la veneración de los fieles antes de entrar en el Convento. Se celebró una solemnisima misa cantada magistralmente por sus hijas en cuyos ojos se asomaron muchas lágrimas durante las largas horas que pasaron en oración ante tan preciada reliquia.

Y otro momento especialmente importante fue la visita que hizo durante tres días la Madre Maravillas, cuya fama de santidad ya era notoria en toda la Orden Carmelitana y sobre todo entre las monjas de los monasterios fundados por ella misma, y entre ellos -como ya dije- San Calixto. Yo estreché su mano convencido de que Madre Maravillas era Teresa de Jesús rediviva. Y al día siguiente celebré la Santa Misa y le di la Sagrada Comunión. Una Santa de nuestro tiempo, una mujer excepcional, de cuya caridad exquisita y de cuyo servicio a los más pobres todo Madrid había sido testigo, desde su juventud.

Y para terminar esta sentida crónica de cinco años inolvidables, no puedo menos de volver el pensamiento a Hornachuelos que hoy nos colma de atenciones. Hornachuelos era para mí como mi segunda parroquia. La casa de don Francisco Mantas, mi casa donde me hospedaba muchas veces, atendido por su hermana María.

Jamás dejé de asistir a la fiesta grande de su Patrono, San Abundio, el once de julio. Don Francisco me invitaba para dirigir y dar conferencias cuaresmales a sus feligreses o a predicar en festividades señaladas. Y estando ya en Montemayor, cuando mi madre murió, nunca olvidaré la presencia tan numerosa desplazada desde Hornachuelos para compartir mi dolor y asistir al entierro.

En el verano de 1965 el obispo creyó oportuno confiarme la parroquia de Montemayor de la que nunca he querido salir, a pesar de los no pocos ofrecimientos que se me hicieron por don José María Cirarda y por don José Antonio Infantes Florido. Hoy, casi cuarenta años después de mi traslado, San Calixto, Hornachuelos y su Sierra, -y sobre todo sus gentes- son no sólo un recuerdo agradecido, sino un trozo de mi vida. Un pueblo y unas gentes que sigo llevando en el corazón y en el afecto más sincero.

Como dije, son muchos los temas que merecen mi atención y que me desbordan. Pero venir a Hornachuelos y no dejar constancia de esas vivencias tan íntimas y personales sería casi un pecado imperdonable. Como sería imperdonable no citar a mi sucesor don Sabino Menéndez González, actual párroco de San Calixto que lleva cuarenta años al frente de la feligresía y como capellán de las Carmelitas. Vaya para él mi abrazo y admiración. He dicho.



**Iltre. Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

